

PENDIENTES DE UNA LLAMADA
Domingo 15 del tiempo ordinario
12 de julio de 2009

En una película reciente se observa que, en este tiempo, mucha gente está pendiente de la pantalla de un teléfono móvil. Hasta hace poco, sólo descubríamos quién nos llamaba cuando oíamos su voz. Ahora ha cambiado el orden. Decidimos escuchar esa voz precisamente porque sabemos quién nos llama.

Es verdad que algunas veces, solucionada esa primera incertidumbre, todavía permanece la segunda. Ya sabemos quién nos llama, pero no sabemos para qué nos llama. Puede ser para conversar, para establecer la hora de una reunión, para comunicarnos una buena o una mala noticia. O para ofrecernos la gran oportunidad de nuestra vida.

Deportistas, estudiantes y artistas, profesionales de todo tipo. Todos reparten tarjetas con sus datos personales y su dirección. Muchos reparten su “currículum vitae”. Todos sueñan con ese momento en el que van a ser buscados personalmente para ser incorporados a un proyecto importante.

Decimos que hoy se vive en el presente. Pero ésa es una verdad a medias. Hay mucha gente que vive aferrada a un pasado que recrean y cuentan a cada momento que pasa. Y hay muchas personas colgadas del futuro, aferradas a la cuerda de la esperanza, pendientes de una posible llamada que tal vez, quién sabe, a lo mejor y con suerte llega el día menos pensado.

LIBERTAD Y DIFICULTAD

Amós era vaquerizo y cultivador de higos en los alrededores de Técoa, en la tierras de Judá. Tal vez fueron sus negocios los que lo llevaron hacia el norte, hasta las tierras de Samaría y el santuario de Betel. De allí fue expulsado con malos modales por el sacerdote Amasías. Los comentarios del pastor no eran políticamente correctos para los instalados en su tranquilidad religiosa y económica.

Dios lo había llamado y enviado a proclamar un mensaje, Amós no encontró más justificación para su presencia y su actuación en aquellas tierras (Am 7, 12-15).

Los cristianos saben que han sido llamados por Jesús de Nazaret. Todos. No sólo los sacerdotes y los que se mueven en torno al altar.

“Llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos...” Así comienza el evangelio que hoy se proclama (Mc 6, 7-13). La llamada y la misión se completan mutuamente. Los discípulos son llamados precisamente para ser enviados algún día. La llamada es signo de elección. Pero es también anticipo y promesa de una misión.

Una misión que se caracteriza por la libertad y la dificultad. Los enviados por Jesús no han de confiar en sus posesiones y atavíos. Han aprender a caminar con lo más elemental. Y han de saber que no siempre serán recibidos con arcos de triunfo ni despedidos con aplausos. El mensaje compromete al mensajero.

NI PRISA NI ARROGANCIA

En este año sacerdotal los presbíteros han de recordar las palabras con las que han sido enviados. Pero todos los cristianos han de evocar también el encargo del Señor. Un encargo que exige fidelidad y libertad, a partes iguales:

- “Quedaos en la casa donde entréis”. El discípulo enviado por el Señor no debe caer en la tentación de la prisa. Las cosechas requieren un tiempo. Y el corazón de los hombres es lento para recibir las semillas de la verdad. Los discípulos y la Iglesia saben que el tiempo de Dios no se miden por los relojes de la publicidad, del escándalo y de los pactos políticos. Es

más fecunda la lluvia suave y persistente que los aguaceros que traen las tormentas. La paciencia es la cara familiar de la esperanza.

- “Si un lugar no os recibe ni os escucha, al marchar, sacudíos el polvo de los pies”. El discípulo tampoco puede caer en la tentación de la arrogancia presuntuosa y altanera. Ha de saber que ni el mensaje ni el mensajero son siempre bienvenidos. Todo es un misterio de libertad. La de Dios que llama a sus profetas. La de los oyentes que rechazan el mensaje. Y la del profeta que no se deja ni domesticar ni amedrentar por los oyentes. El profeta está disponible para iniciar una misión. Y está disponible para iniciar otra sembradura.

- Señor Jesús, Tú que nos has elegido para ser tus discípulos, ayúdanos a anunciar con libertad y verdad la llegada de tu Reino. Amén.

José-Román Flecha Andrés